

Dispuestos siempre a dar razón de vuestra  
esperanza (1 Pe 3, 15)

# HOMILIA EN LA IGLESIA CATEDRAL DE LIMA

Aniversario de la Independencia Nacional  
28 de Julio de 1989

Felipe E. Mac Gregor, S.J.



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU  
FONDO EDITORIAL 1989

**DONATIVO**

**HOMILIA EN LA IGLESIA  
CATEDRAL DE LIMA**

**Aniversario de la Independencia Nacional  
28 de Julio de 1989**

**Felipe E. Mac Gregor, S.J.**

Primera edición setiembre de 1989

55202

Copyright © 1989 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Av. Universitaria, cuadra 18. San Miguel. Apartado 1761. Lima, Perú. Tlfs. 626390; 622540, anexo 220

Impreso en los talleres de Servicio Copias Gráficas S. A., Jorge Chávez 1059 Lima, 5 Perú.  
Tlf. 249693.

Edición de 500 ejemplares

*"Dispuestos siempre a dar razón de vuestra  
esperanza"*

(1a. Carta de San Pedro)

Señor Presidente Constitucional de la República  
Señor Cardenal Arzobispo Primado  
Señores Presidentes de los Poderes Públicos  
Señor Senador Vitalicio  
Señores Ministros de Estado  
Señores Nuncio Apostólico y Embajadores  
Señor Alcalde de Lima  
Señores Obispos y Canónigos  
Señores:

*H*aciendo camino por las veredas del tiempo  
llega el Perú hasta este día de su historia  
cuando recuerda lo que fue, afirma lo que es y entre-  
vé brumosamente lo que será.

Recuerda cómo en la plaza vecina, el 28 de julio de 1821, el General José de San Martín, vocero del consenso de muchos peruanos, anuncia solemnemente: "El Perú desde este momento es libre e independiente por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende" y el día siguiente, 29 de julio, acude a esta misma iglesia catedral para participar, por primera vez, en las preces de alabanza y agradecimiento a Dios por el Perú libre e independiente.

Desde entonces, cada año los peruanos nos congregamos en ciudades y pueblos para agradecer a Dios el don de una patria libre.

La declaración enunciativa de San Martín no hizo, como por un conjuro, la independencia sino continuó la conquista de nuestra libertad desde una nueva óptica, la de un país independiente; emprendimos la reconquista de partes del territorio nacional aún en manos extranjeras; por tres años se pelearían combates hasta el encuentro decisivo en Ayacucho.

Partícipes de la voluntad general de los pueblos, romántica formulación usada en el siglo XIX para expresar la solidaridad de los hombres, debíamos juntarnos en el conocimiento y defensa de nuestros justos intereses para asegurar nuestra libertad.

La justicia de nuestra causa presagiaba victoria segura garantizada por Dios.

Contar con Dios para la empresa de ser libres significó cuestionar un orden indebidamente ligado a Dios por el pseudo derecho divino de los reyes o por la ocupación de nuestras tierras para la empresa misionera.

Hoy el Perú, en continuidad con su pasado, reafirma su constante esfuerzo por poseer o reconquistar su territorio, especialmente las zonas sometidas.

das a la tiranía e irónicamente llamadas liberadas.

Hoy el Perú vive legalmente inserto en la voluntad general de los pueblos, expresada en instrumentos jurídicos y políticos tales como la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, parte de nuestra Constitución Política, o la Declaración de los Derechos Políticos y Sociales de los ciudadanos y de las naciones; estamos activamente presentes en los grandes foros internacionales que buscan la paz, obra de la justicia.

El Perú procura trabajosamente que en su presente resplandezca la justicia de la causa de todos los peruanos, hombres y mujeres, poderosos o desposeídos. Nuestro reto más grande como nación es hacer que reine la justicia en nuestro suelo; desligar la situación de los poderosos de una presunta protección de Dios.

Dios defiende nuestro esfuerzo, Dios alienta nuestro esfuerzo, Dios, por medio de Cristo, cancelando la deuda de los delitos humanos, ha dado un profundo sentido religioso a ese esfuerzo llamado por el Apóstol Pablo "*reconciliación*". San Pablo nos exhorta "Por Cristo os lo pido, deaos reconciliar con Dios" y nos intima más insistentemente: "¿qué tiene que ver la rectitud con la maldad? ¿pueden unirse la luz con las tinieblas? ¿son compatibles el templo de Dios y los ídolos? Porque nosotros somos templo de Dios vivo". (2 Cor. 5.20; 6.14; 6.16).

Llamar a toda persona humana "templo de Dios vivo" equivale a reconocer su sacralidad.

Lo sagrado, el poder, la santidad, el amor infinito pertenecen a Dios como Dios y es sagrado todo lo que manifiesta o expresa alguno de estos atributos de Dios. Sobre todo es sagrado el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios.

Nuestra Constitución Política nos recuerda en su artículo 1º "La persona humana es el fin supremo de la sociedad y del Estado, todos tienen obligación de respetarla y protegerla".

En el Perú, sin embargo, son muchos los atropellos a la dignidad del hombre, a su identidad y genuina libertad, a su derecho a la comunión con otros hombres o a la participación justa en los bienes culturales, sociales, económicos y políticos. Para muchos el hombre, imagen de Dios vivo, es un instrumento o si no, no vale nada. Por qué, porque son ídólatras; San Pablo los desenmascara con esta pregunta incisiva: "¿son compatibles el templo de Dios y los ídolos?". En el corazón del ídólatra no habita el verdadero Dios, el Dios de la vida.

La vida de muchos peruanos de hoy, su santuario interior, está llena de ídolos que los alejan de las exigencias objetivas del orden moral, de la justicia exigente y del amor fraternal.

El santuario interior de cada hombre, su amplitud, calidad o cuidado no es uniforme; está diferen-

ciado de muchos modos por ideas, creencias, actitudes, valores de variadas consecuencias culturales y éticas.

Muchos de esos santuarios interiores están llenos de viejos y nuevos ídolos tales como poder, fanatismo, corrupción, indiferencia y atonía moral.

El corazón del idólatra rinde culto al ídolo del poder, cree omnipotente la fuerza del dinero, procede convencido de que todo se compra o todo se vende: casa, bienes, joyas, influencia, posición social, verdad, sentencia judicial, favor de los amigos

Rinde culto al ídolo del poder quien confunde ser con tener y cegado por las sombras de su ídolo desconoce su verdadera dignidad e ignora absolutamente la de los demás; acumula bienes hasta generar desigualdades profundas, brechas crecientes entre grupos sociales; olvida deliberadamente la creciente pobreza en el Perú.

Otro viejo y nuevo ídolo al que rinden culto en su santuario interior, en su corazón, muchos peruanos es el fanatismo: la obstinada convicción de poseer la verdad, la obsesión de imponerla y la absoluta falta de inhibiciones o límite para el empleo de cualquier medio para destruir desde lo más sagrado, la vida, hasta las cosas laboriosamente construidas por los hombres.

El fanático convertido en sicario mata a otros cuyas vidas son consideradas estorbo o cuyas muertes

son *juzgadas* sangrientos avisos a los demás.

Se mata segando la vida; se anula la vida destruyendo toda capacidad crítica y estableciendo la propia doctrina como la verdad absoluta irreconciliable con toda otra doctrina y con quienes la profesan.

También se mata cuando se endurece el corazón para aceptar como bueno o malo sólo lo que conviene o no conviene a la causa fanáticamente adoptada.

Hace 147 años Bartolomé Herrera, conmovido por la muerte del Presidente Gamarra y nuestra derrota en Incahue, hablaba en esta misma cátedra sagrada de la iglesia catedral de Lima sobre el amor patrio.

¿Cómo se expresaría hoy su verbo ardiente si los muertos que debiera recordar no fueran sólo al Presidente de la República y al puñado de hombres caídos en Incahue, sino a quince mil peruanos segados por el terrorismo? ¿Cómo se conmovería hoy al ver la enorme brecha afectiva, moral, cultural, social, económica y política que separa a los peruanos, consecuencia del desorden contra lo que él llamaba la sociabilidad humana?

Con sus palabras me preguntaré: ¿Qué se ha respetado entre nosotros? Herrera responde: "Casi todos, lo diré en este día de dolor y de verdad, han

combatido a toda autoridad, y todas las autoridades han combatido entre sí: porque el respeto ha caído en ridículo, hasta el respeto a la Religión".

Y continúa: "Cierto que el pueblo fatigado de los pesados males descansa y aborrece las revueltas que tantos le han causado. Mas ¿su letárgico reposo está unido al aprecio interno y a la veneración sincera de la ley y de la autoridad pública? ¿Hemos cooperado todos a la ventura y respetabilidad de la Nación? ¿No es verdad que hay quienes ignoran que el amor a la patria es caridad más perfecta que la particular; no saben si es virtud y marchan ilusos a la ruina a que su indiferencia les conduce? ¿No es verdad que este criminal abandono de nuestros deberes como individuos de la sociedad en que vivimos y ese principio de resistencia aún a los legítimos y necesarios mandatos se han comunicado a las Fuerzas Armadas y a diversas partes de la sociedad civil cuyo vínculo de unión es la obediencia?"

Las preguntas de Bartolomé Herrera llevan, como toda pregunta, implícitas o explícitas sus respuestas.

Bartolomé Herrera consideraba la desobediencia civil como la gran manifestación del desamor patrio. Hoy las expresiones del desamor patrio, de la falta de solidaridad son el ansia de poder, la voracidad por tener antes que ser y el fanatismo. Arma del fanático es el terrorismo, con él ex-

plota la miseria o intenta suprimir las diferencias económicas, religiosas, ideológicas o políticas y pretende sustituirlas por una irracional visión mesiánica o políticamente calculadora (Juan Pablo II, SRS 24).

Un tercer ídolo del santuario interior del hombre, una tercera manifestación del desamor patrio es la corrupción, la indiferencia o la atonía moral. Perplejos ante el confuso panorama del mundo muchos peruanos renuncian a la búsqueda de normas para la justa convivencia humana y construyen una morada de esclavitud para su futuro o son ya esclavos de otra más tremenda y denigrante esclavitud, la corrupción moral, la privación o el desamparo. Llamam bien a lo que es mal según la tremenda denuncia del Profeta Isaías.

Muchos de nuestros compatriotas viven absorbidos por el trabajo o por su búsqueda, inmersos en la tremenda maquinaria sin vida de la organización burocrática, impotentes para resistir la opresión de una administración que decide la dirección de sus asuntos, sin participación ni respeto por sus opiniones o sus derechos.

No se puede pedir amor al Perú a quienes tienen hambre, están enfermos, desamparados, no sienten el calor de la amistad humana o la protección de la sociedad o del Estado, viven olvidados.

La causa de un país de indiferentes, fanáticos o

aprovechadores no es una causa justa que Dios defiende.

La causa del Perú, la justa causa que Dios defiende es la de muchos peruanos caminantes por caminos de luz y de esperanza:

El primero de esos caminos, signo de esperanza, es el respeto y el reconocimiento público de la pluralidad de nuestras culturas.

Otro camino luminoso por el que transitan peruanos hoy es su dedicación a entender el Perú, a desarrollar ideas, iniciativas, propuestas para que el Perú avance y se esfuerzan en llevar adelante esas iniciativas o propuestas. Trabajan por el Perú.

Este esfuerzo no es privativo de ningún grupo social, es parte de un nuevo ethos resultante de una visión al mismo tiempo trágica y esperanzada de la realidad.

Camino también luminoso de la realidad de hoy es el inmenso esfuerzo solidario de quienes menos tienen y juntos buscan aumentar su capacidad. Los clubes de madres, los comedores populares, las organizaciones vecinales, etc., testimonian este esfuerzo.

Hoy puede repetirse con convicción y firmeza que la solidaridad, el amor patrio, de quienes no son fanáticos o no viven para consumir o no son moralmente indiferentes se manifiesta en el interés

por los asuntos políticos de gobierno nacional o de gobierno local. Ese interés es tan vivo y tan auténtico que toma distancia de las consignas de partidos, precisamente porque su percepción de la realidad es más atinada, menos ideologizada.

Todas estas realidades son símbolos de amor, de vida y de esperanza y expresan la justicia de la causa que Dios defiende.

La Iglesia, como su Maestro el Señor, usa de los símbolos.

Los primeros lugares de reunión cristiana para adorar a Dios y partir el pan se decoraban con símbolos, de ellos el pastor, el pez, la barca, la vid no sólo representan al Señor sino la profunda comunión con El de todos los que tenemos fe.

La simbólica cristiana se vistió de color esplendoroso en los íconos bizantinos, en los vitrales góticos, en las telas renacentistas o las barrocas de la escuela cusqueña; los símbolos se hicieron sonido y construyeron grandes dramas musicales, *La Pasión según San Mateo* de Bach, por ejemplo, el *Stabat Mater* de Pergolesi, o el ritmo misterioso de la salmodia gregoriana.

Al secularizarse la cultura, visiones contrarias a la fe u opuestas a la visión cristiana del mundo se apropiaron de los símbolos, construyeron, por ejemplo, una esplendorosa simbólica de la revolución.

El reto cristiano y peruano hoy es dar de nuevo vigor a la simbólica cristiana y encontrar los símbolos de la vida y la esperanza, de la dignidad de todos los peruanos, de sus derechos, de sus posibilidades y de sus aspiraciones.

Los símbolos son importantes para el presente y el futuro, el hombre necesita de ellos, son motores del esfuerzo transformador que pacientemente labra el futuro. Es diverso decir cómo será el futuro de decir qué debemos hacer para transformar el presente. En esa transformación nos acompaña siempre un símbolo.

Cuando la Iglesia reunida en el Concilio Vaticano II se hizo la pregunta ¿qué debemos hacer para ser solidarios con el mundo? respondió con frases inspiradas: "El gozo y la esperanza, la angustia y la tristeza de los hombres de nuestros días, sobre todo de los pobres y toda clase de afligidos son también el gozo, esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo y nada hay de verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón". (C.V. II, Gozo y Esperanza 1).

El gozo y esperanza del Perú, su angustia y su tristeza deben ser también nuestra angustia, nuestro gozo y esperanza.

Construir el Perú es abrir nuestro corazón a ese gozo y a esa esperanza y derribar los ídolos del po-

der, el fanatismo, la corrupción, la indiferencia o la atonía moral.

Para ello es necesario tener esperanza.

Quince o veinte años después de la muerte de Cristo, Pedro, su sucesor, cabeza visible de la Iglesia, exhortaba a los primeros cristianos a saber dar razón de su esperanza, a compartir los gozos y esperanzas de los hombres y a estar siempre dispuestos a dar razón de la esperanza cristiana.

Yo quiero, señores, dar razón de mi esperanza:

Esperar es crear, participar activamente en el proceso de transformación de algo (la única creación dable al hombre), siendo conscientes que la transformación es creadora sólo si va acompañada de amor y de largo aguante.

Espero en el Perú porque siento casi visceralmente cómo nuestro paso a través de los siglos ha urdido ligámenes, lazos, cuerdas, velas, y construido nuestra nave; encontrar para las partes, como en un navío, su propio lugar, es nuestra tarea sólo segunda en urgencia a la de encontrar capitán y tripulación.

Espero en el Perú porque conozco a sus hombres: sujeto y objeto de mi esperanza. Tienen firme voluntad de vivir, de crear, de innovar, de cambiar, de transformar el Perú, a pesar de la inseguridad o li-

mitaciones en su preparación intelectual y la atonía moral.

Espero en el Perú porque he tenido el privilegio de conocer íntimamente a peruanos de enorme talla moral e intelectual, algunos me acompañan en el camino de la vida, otros me precedieron en la vuelta a la Casa del Padre tan recientemente como don José Luis Bustamante y Rivero.

Espero en el Perú porque conozco obras de los peruanos del pasado; las de Rosa de Lima como Francisco del Castillo, las de Grau como Piérola, las de Mariátegui, Víctor Andrés Belaunde o Basadre, las de Baquijano y Carrillo como las de Garcilaso, las de Olaya como las de Martín de Porras.

Espero en el Perú cuyo paso por el tiempo construyó imperios como el Tahuantinsuyu de los incas, sirvió de crisol para la fusión de muchas razas en el Virreinato y se asomó firme y decidido a la libertad e independencia hace 178 años con una densidad histórica sobre la que construimos cada día nuestro futuro.

La esperanza cristiana reconoce la necesidad de la purificación y de la prueba para el tránsito a la plena posesión del bien.

Necesitamos purificarnos. Los Obispos del Perú acaban de decirnos con claridad de maestros y amor de padres la necesidad de purificación de

nuestra Patria en la moral económica, en el respeto a la vida, a la verdad, en la moral familiar y sexual y en la solidaridad y civismo.

Los atentados, las vidas injustamente sacrificadas, el veneno del temor y desconfianza destilados en nuestro tejido social deben ser rechazados con decisión y fortaleza: son caminos de destrucción no de purificación.

Esperar no es simplemente desear el bien, esperar es estar seguro del poder del bien sobre el mal, estar seguros de vencer al mal si nuestras batallas son justas y merecen tener a Dios a nuestro lado. Si la justicia de nuestra causa es tal que Dios la defiende.

Desde hace algunos años el día de hoy la Iglesia, al vernos congregados para agradecer a Dios, presenta a nuestro corazón la imagen amorosa de María Reina de la Paz; la liturgia de hoy, 28 de Julio, fiesta nacional del Perú, celebra la festividad de María Reina de la Paz.

En la empresa de la transformación del Perú el cuidado solícito de la Madre de Dios y Madre nuestra nos hará amorosos con el desvalido, fuertes en la adversidad, puros y limpios en los tratos con los hombres y las cosas, justos con la verdadera justicia constructora de paz y firmes en la esperanza como nuestra Madre del Cielo quien no se cansa de esperar.